

creyentes harán seré manifestado en todo el universo.» Cosa que, en verdad, estamos palpando con nuestros ojos, mal que pese á la impiedad contemporánea.

¿Quién será capaz de enumerar las maravillas de la fe en los primeros cristianos? Todos los creyentes formaban como un solo corazón y una sola alma, y todos sus bienes los poseían en comunidad. Vendían sus haciendas y repartían el producto entre todos, según la necesidad de cada uno. (Act., II, 45-46.)

«*Todo el que ha nacido de Dios*—dijo el Apóstol San Juan (I. V, 4)—*es vencedor del mundo; y la victoria que nos hace dueños del mundo es nuestra fe.*» (*Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra*) Nada hay más fuerte que el hombre de fe. ¿Quién no se asombra al considerar los mártires, los Apóstoles, los misioneros y los santos de todos los siglos? ¿Quién les dió la fortaleza?—La fe.

¿Quién ha poblado los desiertos de anacoretas, los monasterios de ángeles, el mundo de héroes y el cielo de santos?—La fe.

¿Quién conduce á los hospicios y á las casas de misericordia tantos millares de jóvenes doncellas, que renuncian gustosas á todas las ventajas del mundo, para consagrar su vida á aliviar las miserias del prójimo y á compartir con ellos sus penas?—La fe.

¿Qué es lo que une la Iglesia católica en todo el universo, de suerte que tantos millones de hombres de todas las clases sociales, condiciones, países y lenguas no sean más que como un solo individuo?—La fe.

¿Qué es lo que mantiene la paz, la unión, la prosperidad, el amor y la concordia en las familias, en los pueblos y en las naciones?—La fe.

¡Oh! la fe hace bueno al rey, bueno al vasallo, bueno al ministro, bueno al legislador, bueno al militar, bueno al magistrado, bueno al sacerdote, bueno al simple fiel, buenos á los padres, buenos á los hijos y buenos á todos los seres racionales.

¡Oh fe cristiana! ¡Cuán buena eres! ¡Cuán necesaria! ¡Cuán provechosa! ¡Bendita seas! ¡Parece increíble que hombres de letras y que se llaman ilustrados, crean posible gobernar bien el mundo sin la fe en nuestro Señor Jesucristo! ¡Quién pudiera dar una voz que se oyese por todo el mundo, y que hiciese resonar en los corazones de todos los hombres estas palabras del Apóstol en la Epístola de este día: «*Es manifesto que ninguno será justificado delante de Dios por la Ley, sino por la fe en nuestro Señor Jesucristo; porque el justo vive de la fe.*»

Concluyo, pues, diciéndoos con San Cipriano: «Creed á Aquel

que jamás puede engañaros; creed á Aquel que predijo todas estas cosas futuras; creed á Aquel que dará á los creyentes premios de eterna vida; creed á Aquel que dará á los incrédulos suplicios eternos.» *Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe; y después de esta vida tengamos la seguridad de que seremos coronados eternamente en la otra, por los siglos de los siglos. Amén.*

## HOMILÍA 1.<sup>a</sup>

### Para el Domingo XIV después de Pentecostés.

#### Sobre la vida del Espíritu.

**A**MADOS hermanos míos: El hombre justo vive de la fe; la fe es el principio de la justificación; la justificación es el gran milagro de Dios en nosotros, mas nosotros no somos justificados por la fe sola, sino *por la caridad y las obras buenas*. Esto es, en resumen, lo que el Apóstol San Pablo nos enseñó en la Dominica anterior, y hoy para que ningún cristiano sufra engaño, nos señala en la Epístola de la Misa lo que hemos de hacer para que realmente seamos justos delante de Dios y consigamos nuestra eterna salud. Dice así el gran Doctor:

«*Hermanos: Andad según el espíritu, y no seguiréis los deseos de la carne, porque ésta conspira contra el espíritu, y el espíritu contra ella. El espíritu y la carne son dos cosas contrarias entre sí, para que no hagáis todas las cosas que quisieréis. Y si sois guiados del espíritu, no estáis bajo de la ley... El fruto del espíritu es: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Contra estas cosas no hay ley, y los que son de Cristo, crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias.*» (Galat., V, 16-24.)

Hasta aquí el santo Apóstol, y en verdad que no puede darse enseñanza más útil y más eminentemente práctica. Dos cosas descubrimos en ella que quisiera explicaros hoy con toda claridad:

- 1.<sup>a</sup> Que hemos de andar según el Espíritu.
- 2.<sup>a</sup> Los beneficios que esto nos proporciona.

## PUNTO 1.º

## QUÉ COSA SEA ANDAR SEGÚN EL ESPÍRITU

Carísimos hermanos míos: Después que el Apóstol San Pablo hubo dicho á los fieles de Galacia que por el Bautismo habían sido elevados á la altísima dignidad de *hijos de Dios* (1), y que se hallaban *revestidos de Cristo, formando una sola cosa con Él* porque habían recibido en su corazón el Espíritu del mismo Cristo (2), ó sea el Espíritu Santo consolador, pasa en la Epístola de este día á determinarles, y á determinarlos á todos, el uso que hemos de hacer de tan excelsas é inauditas prerrogativas.

«Hermanos—les dice—dejaos de contiendas, que dan por resultado la pérdida de la caridad; *servíos unos á otros por la caridad del Espíritu, porque toda la Ley se resume en una palabra: «AMARÁS Á TU PRÓJIMO COMO Á TI MISMO* (3).» Es decir, que amando al prójimo por Dios, amamos al mismo Dios, y este amor es el resumen de toda Ley.

Dos son, ciertamente, los preceptos de la caridad, porque dos son los objetos en que ella se ejercita, á saber: *Dios y el prójimo*—mas una sola es la caridad, por la cual amamos á Dios por sí mismo, y al prójimo por Dios. Los dos amores constituyen un sólo acto de amor teologal, y en este sentido afirma el Apóstol que toda la Ley se resume en esta palabra: «AMARÁS AL PRÓJIMO COMO Á TI MISMO (4).»

Pues bien: así como San Pablo resume toda la Ley en esta sola palabra AMARÁS (*Diliges*); así también compendia toda la moral cristiana en esta otra frase: «ANDAD EN ESPÍRITU.» (*Spiritu ambulate.*) Consideremos sus propias expresiones. Escribe así en el principio de la Epístola de hoy: «DIGO, PUES: ANDAD EN ESPÍRITU.» ¿Qué significa esto?

Las palabras: «*Digo, pues*» equivalen á estas otras: «Poned una especial atención á lo que voy á deciros; porque resume todo

(1) Ut adoptionem filiorum Dei recipereamus. (Galat., IV, 5.)

(2) Misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra... (Galat., IV, 6.)—Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis... Omnes enim unum vos estis in Christo. (Galat., III, 27-28.)

(3) Omnis enim lex in uno sermone impletur: Diliges proximum tuum sicut te ipsum. (Galat., V, 14.)

(4) También puede entenderse que toda la ley que se refiere al prójimo, se compendia en esta frase: «Amarás al prójimo como á ti mismo.»

cuanto os llevo explicado. Antes os he exhortado al ejercicio de la caridad en sus múltiples manifestaciones; ahora os quiero indicar el medio general de hacerlo: ANDAD EN ESPÍRITU.» (*Spiritu ambulate.*)

*Andar en Espíritu* es arreglar la vida, las acciones y las costumbres según el dictamen ó el impulso del Espíritu Santo y de su gracia divina, que nos persuade y mueve á vivir santa y piadosamente, ejercitando las virtudes cristianas, fe, esperanza, caridad, misericordia, humildad...

*Andar en Espíritu* es reprimir con el espíritu las malas inclinaciones de la carne, y crucificar en lo posible las concupiscencias desordenadas á la manera que Jesucristo, Hijo de Dios y Santo de los santos fue crucificado por nuestras culpas.

*Andar en espíritu* es poner en juego los medios conducentes, para una vez mortificadas las pasiones, perseverar en tenerlas á raya, porque no tornen á levantarse, y no condescendamos con sus violentas acometidas; que por eso cuando el Apóstol dice: «*Andad en espíritu*», añade á continuación: «*Y así no seguiréis los deseos de la carne.*» (*Desideria carnis non perficietis.*)

Nótese que San Pablo no dijo: «*Así dejaréis de sentir los deseos de la carne* ó de las pasiones; porque esto, sin gracia especial de Dios, es imposible en la presente vida; sino que dijo: «*De esta manera no consentiréis en nada pecaminoso*, ni externa ni internamente; lo cual es en verdad fácil, asistidos de la gracia de Dios y viviendo según el impulso del Espíritu Santo.»

Nótese, además, que por la palabra *carne*, se refiere el Apóstol á todo género de concupiscencias; tanto á las que residen en el apetito concupiscible, como, por ejemplo, la gula y la embriaguez; cuanto á las que son propias del apetito irascible, cuales son la envidia y la ira; y también á las que se levantan en el apetito racional, como el deseo de honores y gloria mundana. A todo esto se llama *carne* en lenguaje bíblico.

A todas las concupiscencias, pues, se refiere el santo Doctor con la palabra *carne*, y contra todas nos da la voz de alerta, añadiendo: «*Porque la carne conspira contra el espíritu, y el espíritu contra la carne.*» (Verso 17.) Nosotros, por desgracia, sabemos bien esta contradicción, y lo mismo debían experimentarla los fieles de Galacia; mas el Apóstol, para que ni ellos, ni nosotros, ni nadie pueda tener excusa en este punto, habló clara y terminantemente, y dijo: «*Tened entendido que las concupiscencias terrenas se mueven en sentido contrario al Espíritu del Señor y á su gracia divina. Las*

concupiscencias tienden á las cosas suaves; el Espíritu á las santas. Las concupiscencias se inclinan á lo deleitable, terreno y temporal; el Espíritu á lo provechoso, celestial y eterno (1).

Y porque en asunto de tanta monta sepan todos los cristianos á qué atenerse, enumera el grande Apóstol las obras de la carne, que excluyen del reino de los cielos, diciendo: «*Impureza, deshonestidad, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, discordias, herejías, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías, y otras cosas como estas, son las que cierran, á los que las hacen, las puertas del reino de Dios.*» (Versos 19-20-21.)

¡Verdaderamente, amados míos, esto espanta! Y muchos deben fijarse en ello, en especial cierto género de cristianos, quienes, teniendo el corazón limpio de pecados corporales, ya les parece que no tienen que mirar más. Viven engañados, viven como en sueño, y su despertar habrá de ser terrible. De los siete pecados capitales, dos solamente dicen relación al cuerpo, pues los otros cinco se realizan en el espíritu; y sin embargo, hay muchos pecadores que se examinan y arrepienten de los primeros y hacen caso omiso de los segundos, sin tener en cuenta que el Apóstol, en la Epístola de este día, se refiere igualmente á todos los pecados corporales y espirituales, y de todos dice: «*Los que tales cosas hagan, no conseguirán el reino de Dios.*» (*Regnum Dei non consequentur.*)

He aquí, en substancia, lo que los intérpretes de las sagradas letras entienden por *andar en espíritu*; y para que todos nos alentemos á caminar de esta manera, conviene discurrir un momento sobre los provechos que esto nos proporciona.

#### PUNTO 2.º

##### PROVECHOS DE LA VIDA ESPIRITUAL

Cosa es, hermanos míos, tan deleitable como útil el inquirir con la luz de la fe por qué el Espíritu Santo, Amor purísimo del Padre y del Hijo, fué infundido misericordiosamente en nuestro pobre corazón. Varias son las razones que señalan los doctos. Dios —dicen— es caridad, ó lo que es lo mismo, Dios es amor; su Hijo divino, Cristo Jesús, es amor; y el Espíritu Santo, que de ambos procede, es amor. Por amor vino Jesús á este mundo; por amor nos

(1) Quien desee ver extensamente las operaciones de la carne y del espíritu, lea el capítulo 54 del libro III de la *Imitación de Cristo*, y también á San Agustín en el libro de sus Confesiones, cap. VIII.

envía el Espíritu Santo, y ley de amor es la que nos da á todos los cristianos. Por consiguiente, el Espíritu Santo fué infundido en nosotros para hacernos partícipes de su propio y substancial amor; esto es, para comunicarnos su espíritu amoroso, y que nuestra fe obre movida por la caridad y nuestra vida sea vida de amor (1).

Quiere esto decir que la caridad, ó sea la fe que obra por amor divino, es el espíritu verdadero de los cristianos, y que inútilmente se llama cristiano el que ante todo y sobre todo no ejercite la caridad de Dios, pues siendo Dios la caridad por esencia, es indispensable que el cristiano, hijo de Dios, sea partícipe de la misma caridad, y que en caridad viva, y por caridad obre. Y por eso el mismo Apóstol dijo á los de Corinto: «*Todas las cosas vuestras han de ser hechas en caridad.*» (*Omnia vestra in charitate fiant.* — I Corint., XVI, 14.)

Además, el Espíritu Santo fué infundido en nuestros corazones para que nosotros, al orar, lo hagamos con el mismo Espíritu de Cristo, y por El movidos, de suerte que podamos con la mayor confianza recurrir á Dios, y clamar, diciendo: «*¡Padre, Padre!*» ¿Quién sería osado á llamar á Dios *Padre*, si el Espíritu Santo no nos diese esa magnífica potestad? (2).

Fué infundido en nosotros el Espíritu Santo, para ayuda de nuestra flaqueza; porque no sabemos por nosotros mismos, ni pedir lo que conviene, ni como conviene; sino que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables. (Rom., VIII, 26.) Es decir, que el Espíritu Santo *pide*, ó como expone Santo Tomás, nos *hace pedir*, nos enseña á pedir, y nos da el gemido interior del alma que es la esencia de la oración.

Fué infundido en nosotros el Espíritu Santo, porque si El no obra en nosotros algo bueno, por nuestra parte sola jamás podremos hacerlo cual conviene para la eterna salud; y así El, en lo íntimo de nuestro ser, *amonesta, mueve y enseña*. Amonesta á la memoria, mueve á la voluntad, y enseña á la razón, de tal suerte, que jamás consiente que haya en el corazón donde El habita, ni la más pequeña arista de maldad, pues al punto trata de extinguirla con el fuego dulce y suave de una sutilísima circunspección y compunción. (San Gregor. *in Moralib.*)

Fué infundido en nosotros el Espíritu Santo, para que sirviera

(1) Neque circumcisio aliquid valet; sed fides, quae per charitatem operatur. (Galat., V, 6.)

(2) Quoniam autem estis filii, misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra, clamantem: Aba, Pater. (Galat., IV, 6.)

á nuestra pobre alma de *prenda de salvación*, de *fortaleza de la vida* y de *luz de ciencia*. A saber: *prenda de salvación*, porque El mismo da á nuestro espíritu testimonio de que es hijo de Dios: *fortaleza de la vida*, porque lo que á nosotros por naturaleza nos es imposible, El con su gracia nos lo hace, no sólo posible, sino aun fácil; *luz de ciencia*, para que después de haber hecho bien todas las cosas, nos consideremos siervos inútiles y sin provecho, y para que todo lo bueno que encontremos en nosotros, lo atribuyamos á El, de quien todo bien procede. Con estos tres oficios, que el divino Consolador obra en lo íntimo de nuestro ser, por modo inefable y misterioso, nos instruye de todo cuanto necesitamos para obtener nuestra eterna salud. (San Bern., in serm. II Pentec.)

Tales son, en resumen, *los fines* por los cuales Dios nuestro Señor se dignó infundir en nosotros el Espíritu Santo, con todos sus carismas, dones y frutos. Y si de los fines nos remontamos á *las causas*, basta que recordemos las tres que menciona el gran Maestro de espíritu, P. Luis de la Puente. A saber:

1.<sup>a</sup> *La caridad de Dios* y su bondad infinita; pues así como el amor que nos tuvo le movió á darnos á su Hijo Unigénito, así el mismo amor le impulsó á enviarnos el Espíritu Santo. A la manera que un hombre queriendo mostrar á su amigo la fineza de su amor, después de haberle dado todo cuanto poseía, desea darle también el corazón; de igual modo el Señor, después de habernos dado á su Hijo, quiso también darnos su corazón; esto es, el Espíritu Santo.

2.<sup>a</sup> *Los méritos de Cristo*, pues es innegable que nuestro divino Salvador nos mereció esta gracia con su pasión y muerte, y hallándose sentado á la diestra de Dios Padre como Abogado nuestro, pidió y obtuvo para nosotros la venida del Espíritu Santo, cumpliendo así la promesa que había hecho á sus discípulos, diciendo: «Yo rogaré al Padre, y El os dará otro Abogado (1).»

3.<sup>a</sup> *Nuestra necesidad y miseria*; pues ésta exigía que fuera enviado del cielo un Consolador, cumpliéndose así aquello de David: «La misericordia y la Verdad se encontraron, y la justicia y la paz se besaron.» (Psal. LXXXIV, 11.) Esto es, la justicia del Padre exigía el castigo del hombre pecador; mas la paz y misericordia del Hijo instaban por su reconciliación. El Hijo encarnó; se unieron en uno la justicia y la paz, se besaron, digámoslo así, y el Padre y el Hijo enviaron al Espíritu Santo. (La Puente, p. 4, Medit. 21.)

¡Bendito sea el Señor Dios de toda consolación, que con tales

(1) Ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis. (Joann., XIV, 16.)

*fines* y por tales causas se ha dignado enviarnos su divino y Santo Espíritu, infundiéndole por modo inefable en nuestros corazones! Y ahora, amados míos, comprenderéis bien por qué el Apóstol San Pablo, divinamente inspirado, nos dice en la Epístola de este día: «*Hermanos: Andad según el Espíritu, y no seguiréis los derechos de la carne; porque estas dos cosas son contrarias entre sí.*» Y para alentarnos y que jamás desmayemos en la vida espiritual, añade á continuación: «*Porque el fruto del Espíritu Santo es, caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad.*»

Demos gracias á Dios por don tan inefable; démosle gracias porque se ha dignado hacer de nosotros templos vivos del Espíritu Santo (I Corint., III, 16); démosle gracias, porque al entrar y habitar en nuestro corazón, nos proporciona la verdadera libertad, propia de los hijos de Dios; pues *donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad* (1); démosle gracias porque *el mismo Espíritu nos da testimonio, de que realmente somos hijos de Dios* (Rom., VIII, 16); démosle gracias, porque siendo hijos suyos, somos también herederos de su reino celestial, ó sea de la gloria eterna del cielo. Amén.

## HOMILÍA 2.<sup>a</sup>

### Para el Domingo XIV después de Pentecostés.

#### Reglas y medios para vivir santamente.

**Q**ue caridad de Dios, caridad eterna é infinita! ¡Oh caridad in-creada, inefable y dulcísima! ¡Qué hermosa eres! Tú, Señor, que nos has creado á tu imagen y semejanza y nos has llamado á tu amor; Tú, que misericordiosamente nos has santificado en el santo Bautismo, mediante la acción misteriosa é inefable del Espíritu Santo; Tú, Señor, infunde en nuestros corazones el fuego sacrosanto de la caridad divina, para que por caridad te sirvamos, y amemos y adoremos, y también amemos y sirvamos á nuestros

(1) Ubi Spiritus Domini, ibi libertas. (II Corint., III, 13.)